

Reflexiones militares

del momento actual

Por el Coronel

MANUEL MARTINEZ MERINO



Hacia un nuevo Arte Militar.

¿Qué cambios pueden introducir los últimos medios en la conducción de las guerras? Indudablemente, a nuevos medios seguirán nuevos modos o procedimientos. La influencia se ha sentido, y se hará sentir aún más, en la táctica, en la estrategia y en la organización; pero la revolución puede ser más profunda y alcanzar hasta a principios que se tuvieron por incommovibles.

Tocamos así un punto delicado, en el que, con algo de miedo, no intentaremos profundizar: La mutabilidad de los principios del Arte Militar.

En esta cuestión, tanto parece exagerado considerar todos los principios en crisis como considerarlos todos intangibles. Siendo, como es, difícil la clasificación de los *principios* de la guerra, difícil ha de ser determinar su variabilidad o invariabilidad, ya que admitiendo que esos principios no son sino leyes para obrar, que comprenden sólo la idea y el espíritu de la ley, para dar mayor libertad de juicio y acción al que ha de ejecutar, no ha de estar el nombre de *principio* monopolizado por los que podemos llamar fundamentales, y que son los que hasta hoy demostraron su inmutabilidad.

Algunos reglamentos señalan como tales la *voluntad de vencer*, *acción de conjunto* y *sorpresa*, con la *superioridad de medios*. Para otros tratadistas y reglamentos son básicos la *voluntad de vencer*, *libertad de acción* y *economía de fuerzas*, admitiendo, además, como principios la *iniciativa*, la *seguridad*, el *secreto*, *audacia*, *concentración de esfuerzos*, *persistencia en la acción*, *ataque al punto más débil*, *superioridad de la ofensiva*, *conservación de la fuerza*, etc.

En medio de tanta variedad, es difícil hacer una clasificación clara de los principios, ya que ésta depende en mucho de la opinión particular del tratadista. Los llamados, en general, *fundamentales* son los comunes a toda empresa o actividad humana (voluntad de vencer, economía de fuerzas, libertad de acción...); por eso precisamente tienen poco de principios *militares*. Son éstos los verdaderos principios eternos.

Pero hay otros—que algunas veces no son más que su interpretación o traducción al lenguaje guerrero—de gran importancia, por constituir los que mejor pueden calificarse de *tácticos* o *estratégicos*, en los que la influencia de los medios es evidente, no sólo modificando, sino introduciendo principios nuevos.

Que sólo la ofensiva pueda dar el triunfo,

ataque al punto más débil, el secreto, la sorpresa y algunos otros, están tan subordinados a los medios del momento, que su observancia es muy aleatoria.

La *concentración de esfuerzos*, acumulando la mayor parte de los medios disponibles en el punto que se crea decisivo, podría pasar a ser una idea peligrosa. El poder de sorpresa del transporte aéreo, con la posibilidad de desembarcar fuerzas poderosas en varios lugares simultáneamente, puede hacer cambiar ese principio por otro más de acuerdo con los medios actuales: la *flexibilidad* de los dispositivos para variar la dirección de su ataque o el punto de aplicación de sus fuerzas, disponiendo en lugares favorables—seguramente dispersos—una gran parte de los medios, con rápidos elementos de transporte para acudir a los puntos precisos. La misma libertad de acción, ¿no puede traducirse hoy por *superioridad aérea*?

Los nuevos medios, si no cambian los principios básicos del arte de la guerra, trastornan casi todas las ideas sobre su conducción y planeamiento, y ello muy marcadamente por el concepto de las grandes dimensiones, que es el fenómeno más claro de la evolución de la guerra moderna.

Las armas nuevas parecen haberse desorbitado. Necesitan teatros de operaciones muy grandes, pues si no, no serían útiles. Las grandes velocidades, las grandes autonomías de los aviones y enormes alcances de los proyectiles supercohetes, ¿de qué servirían en territorios pequeños? Pero es que también las guerras se van desorbitando. Cada vez es más difícil que luchen solamente dos Estados, y las nuevas armas han nacido y se preparan para las necesidades de una nueva contienda, que será absolutamente mundial.

Para emplear ese gran teatro de la guerra—el Globo entero—pronto tendrán realidad los aviones, hoy en proyecto, de 20.000 kilómetros de autonomía (10.000 de radio de acción, regresando al punto de partida); los proyectiles dirigidos con cuatro o cinco mil kilómetros de alcance; los bombardeos intercontinentales, y la invasión por tropas aerotransportadas. En una palabra, la futura guerra transatlántica, transcontinental y transártica, que tendrá que ser eminentemente aérea.

En el Arte Militar todo ello no será sino la

coronación de un cambio profundo que se venía incubando desde la aparición de la Aviación en el campo de batalla.

El aumento de escala en los teatros de operaciones, junto con la introducción de la guerra de volumen o de tres dimensiones, han conmovido los antiguos conceptos. Consecuencia del movimiento de los Ejércitos en la superficie había de ser el encuentro en *líneas de contacto*; a la guerra en el espacio ha de acompañar la idea de *superficie de choque* o de contacto. Paso a paso se nos va quedando anticuado el Arte Militar.

No hace muchos años, en nuestros días de Academia, ese arte bélico estaba representado perfectamente por la Táctica de las Tres Armas; concepto apropiado a los medios terrestres de entonces. Algo parecido podríamos decir del Arte Naval Militar, y no hablamos del aéreo porque no existía. Era lo normal el aislamiento total de un Ejército de otro, y la concurrencia se daba raras veces en operaciones combinadas.

La guerra tridimensional y el contacto de superficie crean el nuevo Arte Militar, con el Ejército integral, con estrategia única abarcando los tres elementos, y hasta con una táctica general. Las tácticas particulares de los Ejércitos de Tierra, Mar o Aire, ocupan en ese nuevo arte el lugar que en el antiguo ocupaban las tácticas particulares de Infantería, Caballería o Artillería.

Ese nuevo Arte Militar está por escribir; pero pronto será escrito por las Escuelas de formación de Altos Mandos. Que no esté escrito no quiere decir que no se utilice.

Con los nuevos medios llega también la hora de revisar el concepto de la defensa estratégica. Países que pudieron considerarse en seguridad por estar separados de sus posibles enemigos por una faja de agua, empezarán a conocer que no era así con los medios anteriores. Pero los futuros han de hacer igual con grandes extensiones de mar, tierra o hielo. Ya ningún país estará fuera del alcance de la agresión de cualquier otro que se prepare concienzudamente. ¿Qué valor tienen hoy los términos un tanto anticuados de *cobertura*, *seguridad de fronteras*, etcétera?

Estamos ya acostumbrados a la idea de que sin previa declaración de guerra unos bombardeos aéreos pueden ser el primer aviso de la

rotura de hostilidades; bombardeos de los que pueden derivarse grandes ventajas iniciales, como ya la historia reciente nos enseñó. ¿Cuáles pueden ser los resultados, en las mismas condiciones de sorpresa, de la presencia de un Ejército aerotransportado en el interior de un país que ninguna medida de defensa tiene dispuesta contra ese género de invasión? Esto podía parecer una fantasía no hace mucho, pero será una peligrosa realidad en la próxima guerra.

Al lado de las clásicas *líneas de invasión*, en la futura estrategia será preciso definir estas nuevas *zonas de invasión*, atender a su estudio y protección, ya que los desembarcos de fuerzas numerosas no pueden hacerse en todas partes, y la topografía del país puede todavía dar muy claramente marcadas las nuevas puertas para la irrupción y los lugares cuya defensa debe ser por lo menos tan interesante como la de las fronteras o costas.

Ha llegado la hora de cambiar denominaciones y algo del lenguaje castrense en general. No es ya muy apropiado hablar en muchas ocasiones de frente de batalla, teatro de operaciones, etcétera. En el mar nunca tuvo gran valor el concepto de frente, y fué siempre una de las características que más diferenciaron las operaciones terrestres y navales ese concepto de movilidad que da al frente un valor momentáneo y solamente de evolución. Es indudable que en la actualidad la lucha de los elementos de tierra y aire unidos puede empezar a participar de esa movilidad; las zonas o lugares de contacto habrán de sustituir a conceptos y expresiones más rígidos, que van careciendo de valor real.

La necesidad que sintió el gran Almirante al crear su Diccionario Militar se vuelve a sentir nuevamente. Estamos denominando cosas nuevas con términos viejos, y muchas veces no nos entendemos. Ya la expresión "bombardeo estratégico", tan empleada ahora, parece que rompe algo el molde clásico. ¿Cuándo pudo pensarse que un bombardeo formase parte de la estrategia? Esto hubiera parecido siempre empequeñecerla, y, sin embargo, nunca ha tenido ámbito más amplio la estrategia que hoy, cuando unidades de aviones y aun proyectiles dirigidos pueden tener intervención estratégica.

Podría objetarse que es inapropiado el nombre de *bombardeo estratégico* y que esos bombardeos no salen del marco de la táctica; pero

no es así. El bombardeo a gran distancia y en el interior del país enemigo, como brazo que asfixia, que estrangula y paraliza la industria, las comunicaciones y la vida del adversario, es un arma terrible en manos del director de la guerra, que él solo debe emplear y dosificar, como un cerco o un bloqueo, y su carácter es eminentemente estratégico. Lo mismo puede decirse de las tropas aerotransportadas, empleadas en gran profundidad y gran masa.

Esas acciones, tácticas en sus orígenes, que al aumentar su radio de acción y volumen se han metido en la estrategia, ponen más de manifiesto lo confuso de los límites entre una y otra. Algunas veces se ha establecido la frontera artificial de la escala, pues una media sus maniobras por centenares o millares de kilómetros y la otra por kilómetros y aun por metros. Otras se ha querido diferenciarlas en que una se movía sin llegar a combatir y la otra empezaba donde comenzaba el fuego. Ya nada de esto puede marcar la divisoria. Si siempre hubo dificultad para establecerla, ahora sólo la intervención directa del General en Jefe o la dirección política o diplomática pueden hacerlo.

En la gran ampliación del teatro de la guerra, no será posible hablar de estrategia terrestre, naval o aérea. Solamente puede haber una estrategia total, la verdadera y única estrategia, que mueve y dispone las distintas fuerzas armadas bajo una sola dirección. De ahora en adelante las operaciones combinadas serán lo normal, y sólo excepcionalmente se luchará en un solo elemento. La acción de cada una de las fuerzas, en tierra, mar o aire, estará limitada a la táctica. No pueden tener una estrategia propia. Si acaso, las denominaciones de "estrategia naval" o "estrategia aérea", pueden querer indicar alguna vez un matiz o preponderancia que, dentro de la estrategia total, la nación o el director de la guerra quiere dar a un elemento por mandatos geopolíticos o de otro orden. Que una División aérea realice unos bombardeos estratégicos, no quiere decir que haga estrategia aérea; sirve con su intervención táctica a un plan estratégico total, lo que no es lo mismo. Aviación estratégica no es más que una abreviatura del lenguaje, para no llamarla "Aviación de gran bombardeo al servicio del Mando estratégico".

Las bases aéreas, el radio de acción de los aviones, con su velocidad, carga útil y arma-

mento, constituyen los factores determinantes de una táctica aérea. Pero es tal la interdependencia de los distintos elementos bélicos, que el establecimiento de las bases precisas, de acuerdo con el valor de los otros factores aéreos, ha sido el eje principal de la estrategia en la reciente guerra. Basta recorrer sus episodios, tanto en el Pacífico como en Europa y Africa, para ver cómo en muchas ocasiones las posibilidades de acción se han supeditado a la posesión de determinadas bases aéreas. La conquista de ellas llegó a marcar un camino o dirección a todas las decisiones, hasta el extremo de poderse adivinar por dónde habrían de tener lugar un desembarco u ofensiva, sin más que saber a dónde llegaba el radio de acción de los aviones, especialmente el de la caza, que era el más limitado, desde las bases de partida. A la lucha histórica por las bases navales había sucedido la lucha, militar o política, por las bases aéreas.

Las grandes velocidades y los grandes radios de acción hubiesen cambiado completamente esas circunstancias. El establecimiento de bases lejanas planteó serios problemas logísticos. ¿Cuál será el futuro en este aspecto? Con los nuevos medios todo ello puede variar. Las bases más cómodas, seguras y económicas serán las próximas a los centros de abastecimiento de material, combustible y armamento, siempre que puedan garantizar el acudir a tiempo.

Sobre los efectos del bombardeo aéreo hay una conclusión en la última guerra que hay que suponer válida también para la próxima: El efecto moral, aun siendo muy grande, es menor que el material, contra todo lo que se suponía. Alemania no fué vencida porque su moral se derrumbase: lo fué porque su industria y sus transportes fueron aniquilados; porque a los seis meses del comienzo del ataque contra el petróleo la producción había sido reducida en un 90 por 100; el ataque contra los ferrocarriles redujo el volumen de vagones en un 75 por 100 en cinco meses, y tres meses de ataques contra el Ruhr disminuyeron la producción de su acero en un 80 por 100; y en estas proporciones la producción de carbón, armamentos, gas, electricidad, etc. Algo análogo podría decirse sobre la liquidación del Japón. Todo eso da una excepcional importancia a la selección de los objetivos y a los bombardeos de precisión, y esa será una de las dificultades de la estrategia a emplear en el futuro: buscar el verdadero talón de Aquil-

les enemigo. Los bombardeos de grandes zonas, buscando solamente efectos morales, han de darse por desaparecidos.

La primera consecuencia de orden general que puede sacarse del estudio de las nuevas armas es que todas tienen más posibilidades ofensivas que defensivas. Todos esos medios tienen aún ante sí un ancho campo para la investigación y perfeccionamiento; pero cuanto mayor sea éste, más marcada parece que ha de ser esa modalidad de su empleo.

En el porvenir, la defensiva será cada vez más difícil. La bomba atómica, el proyectil cohete, las tropas aerotransportadas y los superaviones convertirán en suicida la idea puramente de defensa. Hasta el "radar", que parecía el nuevo elemento más defensivo, ya vimos que al dificultar la sorpresa favorece al más fuerte, que nunca será el que esté a la defensiva.

Es preciso preparar la defensa por la ofensiva. El que no esté preparado para ello nunca más volverá a tener el tiempo necesario para hacer esa preparación, que ha sido el secreto de los éxitos aliados en las dos últimas guerras. Está demostrado que la reciente contra Alemania la ganaron sus enemigos por un margen pequeño; pero en la próxima lo probable es que ese margen no exista para el retrasado. La preparación completa permanente será la única garantía de éxito, y acaso también la garantía de que la guerra no llegue a producirse.

En los límites de la táctica terrestre pura serán menos profundas las modificaciones, pues no le son útiles los muy largos alcances o los proyectiles atómicos, ni tampoco los nuevos motores de reacción variarán la velocidad sobre el suelo. Pero la gran modificación es romper esos límites de la acción terrestre pura, introduciendo la acción aerotransportada y las operaciones de gran profundidad. La creación de frentes invertidos y el cambiar el ataque a líneas por el ataque de zonas o superficies, con desprecio o desvaloración de la rotura de frente, que puede ser sustituida por el derrumbamiento, consecuencia de la maniobra vertical. Ello será origen de operaciones tácticas nuevas.

Donde el futuro nos reserva más transformaciones es, seguramente, en la guerra naval. Aun si los efectos de la bomba atómica no van más allá que lo que nos han dicho de Bikini, es indudable que han de esperarse grandes cambios en

la arquitectura naval, en las formaciones, en la táctica y, por consiguiente, en la batalla naval, que no puede ser más que una consecuencia de esos factores. Hay que prever una difícil supervivencia de los portaviones, por ser un buque cuya necesidad de la cubierta de vuelo no le permite amoldarse a las nuevas líneas de construcción en la era atómica.

El buque, en su armamento, sufrirá también grandes transformaciones, como consecuencia de la aparición del proyectil cohete. Al hablar de esos proyectiles ya enumerábamos las dificultades que se presentaban para evitar la dispersión en los grandes alcances. Pero en distancias cortas—llamando ya así las inferiores a 100 kilómetros—el conseguir precisión y velocidad suficientes, que ya no es tan difícil, podría ser revolucionario dentro de las armas navales.

El "radar" mató al antiguo submarino, pero en la lucha continua entre las armas ofensivas y las defensivas ya se ve el nacimiento de otro nuevo. El sumergible, teniendo que salir con frecuencia a la superficie, y aun teniendo que hacer casi todos sus servicios fuera del agua, tendrá muchas dificultades para actuar, ya que la detección se hace precisamente sobre el mar. Pero el moderno, el verdadero *submarino*, que pueda permanecer días y aun meses en inmersión si le es necesario, tiene grandes posibilidades de actuación. Además, para no tener que atacar a tan cortas distancias, el proyectil cohete le proporciona la posibilidad de disponer de una "artillería gruesa", lo que hasta ahora no fue posible por los graves inconvenientes que presentaba el cañón de gran calibre (peso, par de escora, etc.).

Parece evidente que la Marina encontrará cada vez más difícil acercarse a una costa defendida, por el aumento de poder de la reacción continental. La reacción eficaz de la costa, con los medios hasta ahora empleados, estaba limitada a unos 500 kilómetros. Con las velocidades y cargas de los nuevos aviones, agresivos atómicos y radiactivos, proyectiles dirigidos y empleo del "radar", la zona peligrosa puede aumentar en proporciones enormes. Ello sería equiva-

lente a una extraordinaria ampliación de la artillería de costa, por la capacidad de concentración de bocas de fuego (baterías de cohetes), uniendo sus efectos a los de la aviación de bombardeo.

También los nuevos submarinos y aviones, el "radar", los proyectiles cohetes y las bombas y torpedos con carga atómica podrían hacer imposible los convoyes marítimos, que fueron la clave del triunfo anglosajón. Pero al fin eso sólo sería una causa más de su desaparición; la principal será que por su mayor velocidad y seguridad todos los convoyes transoceánicos serán aéreos. Más de 40.000 travesías aéreas de este tipo en la última guerra, la evacuación por el A. T. C. americano de unos 160.000 hombres, con su material, al hacer el traslado hacia el Pacífico, y las actuales redes del transporte aéreo mundial, son un buen presagio.

Los peligros para la navegación pasan a ser tan considerables, que acaso el transporte por mar quede para la paz, y el de guerra sea aéreo y estratosférico. Este podría ser el hecho que acabase con las grandes escuadras, más que la bomba atómica o ningún otro ingenio, ya que su razón fundamental de existencia—asegurar los caminos del mar, defender el tráfico propio e impedir el adversario—habría desaparecido. Acaso en las futuras guerras los mares estén llamados a ser inmensos espacios vacíos, zona de nadie, llena solamente de gloriosos recuerdos.

Pero aun los convencidos de que eso llegará en un futuro remoto deben atenerse a la realidad de hoy, que no es ésta. Antes de ese fin faltan algunas etapas de evolución. También sería equivocado pensar que ha llegado la era del cohete y del explosivo atómico, y el momento de dedicar todos los esfuerzos a ellos, por ser las demás armas inútiles. Ciertamente que habrá que estar preparados para luchar con esas armas nuevas; pero no exclusivamente, sino sumadas a las anteriores, de las que no se prescindiría en una próxima contienda. Todo ello ha venido, en vez de a simplificar la máquina guerrera, a complicarla algo más, que es lo ocurrido con todos los nuevos descubrimientos de estos últimos tiempos.